

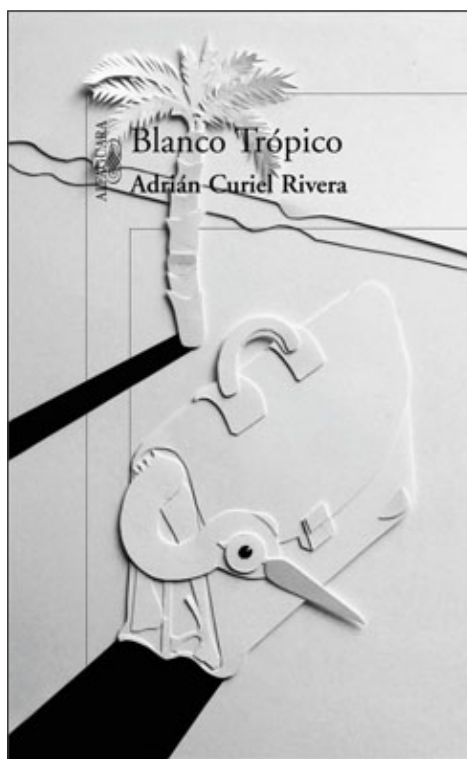
Blanco Trópico de Adrián Curiel Rivera

Tristes trópicos

Jorge Volpi

Agradezco la gentil invitación que el profesor Juan Ramírez Gallardo, de la Universidad Nacional de Blanco Trópico, me ha hecho para presentar la primera parte de su autobiografía en la feria del libro de esta hermosa —y nunca mejor dicho— cálida ciudad. Como el propio profesor Ramírez Gallardo afirma, si bien es cierto que no resulta fácil llegar a Blanco Trópico, pues las conexiones aéreas entre el continente y la isla son más bien erráticas, se torna aun más difícil salir de aquí. Como sea, me congratulo de encontrarme hoy entre ustedes para hablarles de la vida y la obra de un autor que debe ser considerado, desde ya, como una de las glorias locales de esta límpida —y, nunca mejor dicho, abrasadora— nación atlántica. Porque, si bien el profesor Gallardo —aunque su esposa lo llame Claudio, yo prefiero llamarlo Juancho— nació, como un servidor, en la lejana y olvidable Ciudad de México, él se ha convertido por derecho propio en un blancotropiquense o albotropical (disculpen si se me escapa el gentilicio adecuado) de pura cepa.

Tengo la fortuna de conocer a Juancho desde los años en que los dos estudiábamos nuestros respectivos doctorados en España: él economía en la Autónoma de Madrid, yo finanzas en la Universidad de Salamanca, y me consta que desde entonces aborrecía la economía tanto como yo las finanzas y los dos aspirábamos a convertirnos en escritores de ficción. Es más: recuerdo que alguna ocasión, deambulando por la Plaza de Santa Ana a altas horas de la noche, luego de que ninguno de los dos consiguiese decirle una palabra coherente a las guapas e imperturbables camareras de la zona, me habló con vehemencia de su proyectado libro de cuentos titulado ya *La garza ojona*, y que en otra ocasión, luego de empinarnos dos botellas



de vino peleón, me confesó (a los 28) que su más grande anhelo consistía en comenzar a escribir sus memorias.

Quizás a alguien podría sonarle grandilocuente o soberbio, de parte de un joven de esa edad, la idea de embarcarse en una autobiografía, pero debo recordarles que otros insignes escritores de nuestra patria, que van de Sergio Pitol a Carlos Monsiváis, con los cuales Juancho comparte al menos el ácido sentido del humor, escribieron las suyas en épocas equivalentes. Como fuere, el sueño de mi amigo tardaría aún varios años en verificarse, por motivos que él mismo detalla, con la acerada y melancólica ironía que siempre lo ha caracterizado, en las primeras y envolventes páginas de su texto.

Juancho afirma que, para él, Madrid fue un paraíso. Un paraíso venenoso, debo re-

calcar, en el que entonces se vivía tan bien que resultaba casi imposible hacer otra cosa más que eso: vivir bien, beber bien, pasear bien, ir al cine o a los museos bien, dejando que las horas escapasen sin aspavientos, en un mundo perdido que, desde la crisis de 2008, no existe más. No es casual, pues, que uno de los episodios más nostálgicos de *Blanco Trópico* —el libro, no esta ciudad— se titule “Paraíso *Exit*”: el momento en el que él, varios años después de mí, se vio obligado a abandonar la capital española en busca de nuevas oportunidades, acompañado siempre por su adorada esposa Marcia de Francisco, a la que también me precio de conocer desde esas gozosas épocas.

Juancho, memorialista. Juancho, economista. Y Juancho, quiero recalcarlo, antropólogo. O etnólogo. O zoólogo. Porque, si algo caracteriza la brillante escritura de su autobiografía, es el más agudo sentido de la observación de sus contemporáneos que conozco entre escritores de mi generación. Con una lucidez y una vivacidad inquietantes, Juancho no solo es capaz de hacer el más desternillante relato de sus propias aventuras, sino que al hacerlo nos rodea con retratos, tan esperpénticos como inolvidables, de los personajes con los que se ha topado en su deambular por el mundo, y en particular por las tres ciudades que más lo han marcado y de las que más habla en sus memorias: la Ciudad de México, Madrid y esta Blanco Trópico. Pocos escritores poseen el afilado bisturí con el que Juancho abre la piel de sus contemporáneos para mostrarnos la exhibición de sus vísceras: de sus temores, de sus hipocresías, de sus mezquindades, de su fragilidad y de sus ansias.

Perdonen que divague, pero quizá mi cerebro no está acostumbrado a la helidez

que se padece en estos momentos en Blanco Trópico. Lo que quiero recalcar, pues, es el estilo de Juancho: esas frases que serpentean y se escurren y que de pronto te propinan un gancho al hígado. Esas frases en apariencia serenas que esconden dosis de cicuta. Esas frases que te envuelven, te acarician y te miman, solo para al final revelarte el hilarante patetismo de la condición humana. Y ese humor, utilizado como lanzagranadas o como mortero, que desmenuza —qué digo desmenuza: despedaza— el grácil sinsentido de la vida.

El episodio que Juancho dedica a la Ciudad de México bastaría para revelar el caos cotidiano en el que nos hundimos los habitantes de esa megalópolis, al tiempo que exhibe las tortuosas —y no por ello menos cálidas— relaciones entre él y su familia, pero son los apartados dedicados a esta inolvidable —e hirviente— ciudad de Blanco Trópico los que constituyen las partes más acabadas de sus memorias. Convertido en un observador que poco a poco pierde la distancia al convertirse en parte de la materia observada, Juancho se revela como el más cruel testigo de sí mismo y el más sardónico cronista de su entorno, sin que por ello pierda jamás una clara dosis de ternura hacia la estupidez que brota de él, o que lo rodea.

Narrada de manera circular —sin que por ello exista ningún guiño al infierno dantesco—, la vida de Juancho en Blanco Trópico comienza con el merecido premio que le otorgaron los Almacenes Manchester, y concluye cuando aún le quedan algunos albos por gastar del mismo, poco antes de que se convirtiese en secretario académico de la reluciente Universidad de Blanco Trópico. En medio de eso, seremos testigos de su llegada a la isla, de las incipientes relaciones trabadas con sus habitantes, de sus primeros escauceos laborales y sus primeras aproximaciones al temperamento de sus habitantes, de su relación con Marcia y del nacimiento de sus hijos, de las batallas campales que entabla con el clima y con su mascota, de su ingreso como investigador en la UDRI y de los singulares combates que libra allí con sus colegas y, en fin, con su condición de exiliado voluntario y de escritor inédito en esta incólume —y siempre soleada— ciudad capital.

Con una prosa envidiable —o, para decirlo de plano, que *yo* envidio—, Juancho no se ahorra minuciosas exploraciones de sí mismo, de sus temores y obsesiones, de sus rituales y pequeñas desventuras, en su afán por integrarse a esta nación. Y, al hacerlo, nos entrega un relato, no por desternillante menos amoroso, de los usos y costumbres de sus nuevos compatriotas, con su alud de particularidades y rasgos de carácter, enhebrando brillantes reflexiones sobre su pasado, su presente y su previsible futuro.

Una advertencia: este libro les arrancará muchas risas. Risas estridentes. Risas amargas. Risas melancólicas. Y también risas tristes. Porque Juancho sin duda se burla sin concesiones de los demás, pero con la misma fuerza, si no aun más demoledora, de sí mismo. Se trata, por ello, de una autobiografía sin concesiones, de unas memorias que, por el vigor de sus personajes y la grandeza de su mirada, casi podría ser leída como una novela. De la heladez a los huracanes, y del calor al agua —los ciclos de la vida en Blanco Trópico—, Juancho se

convierte en nuestro Virgilio por el inframundo de la academia y por el submundo de la vida en familia, contagiándonos la bonhomía y la inteligencia con la que al final acepta su destino en estas tierras.

Quizás a muchos sus descripciones de Blanco Trópico puedan parecerles en exceso cáusticas, pero, insisto, siempre se atemperan por esa melancolía que, pese a los 45 grados a la sombra, todo lo impregna y todo lo modera. La autobiografía de Juancho es, en pocas palabras, un libro espléndido, un libro inolvidable. Un libro que marcará un hito en la historia literaria de esta nación. Un libro que, si la justicia existe, algún día le merecerá a su autor ¡el puesto de cronista oficial de Blanco Trópico! Un libro, en fin, que, gracias a su deslumbrante —y, nunca mejor dicho, cálida— prosa, permanecerá por mucho tiempo en la memoria de sus lectores de aquí, y de cualquier parte. **U**

Adrián Curiel Rivera, *Blanco Trópico*, Alfaguara, México, 2013, 372 pp.



Adrián Curiel Rivera